

# No lo olvides, Suyay

Lucía Laragione

Ilustraciones de Aymar  Mont

loqueleg

*Este libro es para Julián y Valentín, nietos amados.*

## Ernestina

Desde afuera, Ernestina oye el mugido inquieto de la Manchada y se pregunta qué puede estar pasando. Cautelosa, entra al establo, mientras ruega en silencio que no se trate de la llegada del ternero. Aparicio, que debería estar ahí para ayudar a la vaca en caso de que algo no ande bien, partió al amanecer con Suyay, llevando unas mulas a lo de Gorriti, y tardará varias horas en volver. La chica se acerca a la bestia, que está echada, aunque no se encuentra todavía en el trance de parir. Alguna otra cosa debe de haberla inquietado.

La mirada atenta de Ernestina recorre el lugar, donde todo parece estar en orden. Sigue pensando que, si necesitara ayuda, no cuenta más que con la anciana Yuri quien, sin duda, sabe cómo asistir a la vaca en un parto difícil, pero no podrá hacerlo sola porque está vieja y débil. Seguramente, le indicará a Ernestina qué maniobras realizar. Ojalá que no suceda, no le gustaría para nada tener que enfrentar esa situación. Gira para irse y, en ese momento, oye lo que parece un estornudo. Sorprendida, nerviosa, mira a la vaca como interrogándola. El animal

le devuelve una mirada húmeda. Parece decirle “esa no he sido yo”. ¿Quién entonces? ¡Atchísssssss! Ahora no hay duda. Algo se agita bajo uno de los montones de paja. Rápida, la chica toma la horquilla de cuatro dientes y, con todas sus fuerzas, la clava en el lugar del que salió el estornudo. En un movimiento veloz, girando sobre sí mismo para evitar ser ensartado, un cuerpo se muestra a la luz. Un grito mudo se dibuja en la boca abierta de Ernestina, pero cuando está a punto de gritar con todo el caudal de su voz, una mano de varón, firme sobre sus labios, la acalla, al mismo tiempo que alguien ruega:

—¡No grites, por favor! No he de hacerte daño.

Ernestina está de espaldas al desconocido, que la sujeta con firmeza, pero sin violencia. La chica siente su corazón latir desbordado, y en la proximidad del cuerpo extraño alcanza a percibir otro corazón que también galopa, vertiginoso.

—He de liberarte, pero, por favor, no grites —le dice él al oído—. ¿Me lo prometes?

Ernestina dice que sí con la cabeza. Él la suelta. Ella gira a su vez, y se encuentra cara a cara con un hombre joven que la mira con intensidad. Hay una pregunta en los ojos oscuros que todavía no ha encontrado las palabras para ser formulada. La mirada de la chica, por su parte, recorre al intruso de arriba abajo, reconociendo la casaca de color azul, el collarín encarnado, la chaqueta

corta, el calzón blanco... El uniforme completo de un soldado del ejército realista: el ENEMIGO.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí, ya mismo! —estalla. El soldado se arroja a sus pies.

—¡Si me encuentran, me fusilarán! —gime—. ¡He desertado!

—¡Cobarde! —replica Ernestina, llena de furia.

—¡No, eso no! ¡Eso jamás! ¡No quiero abandonar la lucha! ¡Lo que quiero es cambiar de bando! ¡Unirme a las tropas del general Güemes! —dice, y ya está de pie.

La respuesta la desconcierta y, por unos segundos, la deja muda. Él sigue con su ruego:

—¿Podrías ayudarme a conseguir ropas de paisano? Es todo lo que te pido. Con ellas sería más difícil que me reconocieran y me atraparan.

—¿Por qué querrías cambiar de bando? —pregunta Ernestina, luego de unos minutos de silencio, y lo mira a los ojos como si buscara en ellos la verdad.

—Porque siento, aunque no me creas, que la causa de los americanos es una causa justa. Mira, yo mismo soy americano. Nací en Lima hace veinte años. Tenía trece cuando me incorporé al ejército realista. Ha llegado el tiempo de luchar junto a mis compatriotas. He visto demasiada crueldad de los españoles con la gente de estas tierras. Y he visto, en cambio, generosidad... —está diciendo apasionado, cuando un llanto contenido lo detiene.

Ernestina, que ha escuchado atentamente al joven, se sorprende por esa emoción que lo desborda. ¿Estará diciendo la verdad? ¿O solo busca infiltrarse en las tropas del general para llevar información a los realistas? Algo en el fondo de esos ojos tan oscuros y bellos le hace sentir que es sincero y la impulsa a creerle. Pero ¿y si se equivoca? ¿Qué diría su madre si estuviera en la finca? Ojalá pudiera preguntarle. Ella está en la ciudad, apoyando la causa patriota y al gobernador, el general Güemes, y la hora de su regreso es tan incierta como la respuesta que daría al dilema de Ernestina. En cambio, la chica sabe muy bien lo que diría su amiga Suyay si llegara en este mismo momento: le diría que está loca, que cómo puede confiar en el ENEMIGO, en el que MATÓ A SU PADRE. ¿O acaso lo ha olvidado? ¡Claro que no! ¡¿Cómo podría hacerlo?! ¡Ella no ha olvidado nada!... Pero, por alguna razón que no alcanza a comprender, siente, con todo el cuerpo siente, que el muchacho está diciendo la verdad.

—¿Me conseguirías entonces esas ropas? Te prometo que, apenas pueda quitarme este uniforme, he de irme.

Ernestina duda, se pierde en las lucecitas que brillan en los ojos oscuros. Y, en un impulso, decide ayudarlo.

## Dámasa

Dámasa atraviesa la Plaza de Armas mientras el sol invernal de media mañana la acaricia con su tibieza. Siente que andar por esa plaza es como recorrer la historia de estos últimos años de lucha. Han pasado cuatro desde la gran fiesta popular con que se celebró en 1816 la Declaración de la Independencia. Luego vendrían otros festejos, uno por cada batalla ganada. Y llegarían también las penas por las derrotas...

La mujer vuelve a sentir a su lado la presencia de Pedro, su amado y valiente marido. Él luchó en las triunfantes batallas de Tucumán y de Salta junto al general Belgrano. Fue herido en la desdichada Ayohuma, de la que logró escapar con vida gracias a la parda María Remedios del Valle, una mujer llena de coraje que, aun prisionera de los realistas, ayudó a huir a varios de los oficiales patriotas. Pero Pedro no logró evadir la muerte que, taimada, lo esperaba en Sipe Sipe.

En una de las esquinas, Dámasa divisa a un grupo de soldados realistas. Llevan casi un mes ocupando la ciudad: llegaron el 31 de mayo, y hoy es 29 de junio, calcula

la mujer. Se han enfrentado a los gauchos de Güemes en distintas batallas, y han ganado y perdido. Los invasores hablan con cierta agitación, pero hacen silencio cuando ella se aproxima. Han aprendido, a lo largo de las diferentes ocupaciones, que las mujeres salteñas están siempre atentas a las conversaciones y los datos que puedan obtener para favorecer a los patriotas. Pero como Dámaza tiene el oído fino, pese al silencio apresurado, ha logrado captar la palabra “desertor”. ¿Será que alguno de sus soldados se les ha escabullido? La pregunta se dibuja en su cabeza mientras sigue caminando para llegar a casa de María Loreto, donde se han dado cita las mujeres. Allí, a la vez que preparan las empanadas que alguna de ellas ofrecerá a los ocupantes, hablarán sobre las últimas novedades y los planes del enemigo. Aunque en estas épocas es más difícil saber quién es el rival. Ya no son solo los soldados del ejército realista, sino también los más pudientes de la ciudad, los que sienten que sus negocios y riquezas se ven amenazados por las contribuciones que el general Güemes exige para mantener a “Los Infernales”, sus gauchos. Estos hombres no reciben ninguna ayuda de Buenos Aires. Todo el dinero, los alimentos, los animales y pertrechos que se pueden conseguir, van al ejército del general José de San Martín, que se apresta a invadir Lima. Y es el mismo San Martín quien le ha encargado a Güemes que distraiga a los realistas en la frontera norte, mientras

él, desde Chile, está a punto de embarcarse rumbo al Perú. ¿Pero cómo hacerlo sin armas para atacar y defenderse, sin caballos para montar, sin ganado para alimentarse? Sucede que los ricos, en su mayoría, solo piensan en ellos, en sus propios intereses. Y son muy capaces de pactar con los realistas. Estos pensamientos llenan de furia a Dámasa.

Apura el paso. Quiere llegar lo más pronto posible a la casa donde la esperan sus compañeras y amigas. Mujeres valientes, generosas, capaces de jugarse por sus ideales, de ponerle el cuerpo a la lucha.

Allá estará Magdalena Güemes de Tejada, Macacha, como la llaman los cercanos, la hermana del general y su mano derecha. Ella es la que asume las decisiones de gobierno cuando el gobernador debe hostigar a los realistas o enfrentar a los enemigos internos. Una mujer hermosa e inteligente, que brilla en los salones y puede conducir con firmeza los asuntos que suelen estar reservados a los hombres.

Y estará Martina Silva de Gurruchaga, nombrada capitana del ejército por el general Belgrano por sus generosas contribuciones para los gastos de guerra.

Y también Juana Moro, “la Emparedada”. La llaman así porque unos años atrás, después de la derrota de Vilcapugio y Ayohuma, el virrey de Perú, don Joaquín de la Pezuela, invadió Salta y la tomó prisionera. Quería darle un escarmiento porque ella, una bella mujer,

en vísperas de la batalla de Salta, había enamorado al jefe de la caballería española y logrado que él y otros más desertaran el día anterior al enfrentamiento. De la Pezuela no se lo perdonó y, como castigo ejemplar, mandó a encerrar a Juana en una habitación de su propia casa, al mismo tiempo que hacía clausurar todas las aberturas, para que muriera de hambre y de sed. Felizmente, los vecinos, compadecidos de su suerte, horadaron una pared para pasarle agua y alimentos. Luego de la retirada de los españoles de Salta, Juana fue rescatada de su encierro. Dámasa sonríe al pensar que, pese a todo, ella sigue apoyando sin temor y con firmeza la causa patriota.

¿Y qué decir de la dueña de casa, María Loreto? Ella es la mejor y la más astuta de las espías. A lo largo de estos años de lucha, vestida con las humildes ropas de una vendedora de pan, solía ingresar a los cuarteles a la hora de pasar lista. Así lograba averiguar cuántos eran en realidad los soldados realistas. Ahora María, que se ha vuelto conocida para el enemigo, ha sido reemplazada por una mujer más joven, tan hábil como ella. La Loreto fue, además, la inventora de un correo tan original como ingenioso, que ha permitido, desde siempre, mantener informados a los patriotas. En un algarrobo, a orillas del río Arias, ella mandó a practicar una cavidad donde las lavanderas, cuando llevan la ropa a lavar, depositan las comunicaciones con las noticias de los movimientos y los

planes del adversario para que los jefes gauchos estén enterados.

Solo unos pasos más y Dámasa llegará a la casa donde esperan sus compañeras y amigas. Piensa que, si hay suerte, podrán contar también con la presencia de la querida y valiente Juana Azurduy.